

La invención del otro en la imaginación y en los personajes es real. Existen los personajes de ficción como Don Quijote o Hamlet, Madame Bovary, Raskolnikof, la Duquesa de Guermantes. A veces los sueños son más reales que la propia realidad si se convierten en vida, en trayectoria de voluntad que transforma la vulgar realidad. No habrá literatura, ni arte si no entendemos que el creador inventa al otro dentro de sí y le da vida en su obra, que es la posibilidad de diálogo con el otro físico. (Tan real es el uno como el otro.)

El ensimismado, se reduce a su propia re-flexión y no crea al otro. ¿Le basta la soledad? El ensimismado es la mayoría de las veces un contemplativo. Su necesidad de comunicación la establece con la mirada y no con la palabra. No crea al otro dentro de sí, ni se relaciona con el otro real, su prójimo. Establece una relación contemplativa con el otro imaginario creado por el artista, con la obra de arte. Es el solitario que acude a los museos, a los conciertos; lee libros, contempla el campo. El solitario hace de su ensimismamiento una persona exterior, que vive en el mundo. ¿Se margina o le marginan? ¿Autoelige la escondida senda de los pocos sabios que en el mundo han sido? Los sabios buscaban la soledad sonora, coincidiendo en ello con algunos poetas como Mallarmé o Juan Ramón. Los santos intentaron conquistarse a sí mismos en el desierto y allí, lejos de todo, buscar al Otro que era Dios, un otro real y no físico, creado desde los ojos de la fe.

Para un hombre normal, que no aspire como fin a la belleza o a la santidad (aunque todos deberíamos tender a ellas si en verdad queremos ser hombres plenos) el otro más fácil de percibir es el prójimo. Escribe Laín Entralgo: «La realidad —comprendida claro está la realidad del otro— me es a la vez presente y compresente; mi existencia está constantemente siendo para y hacia».<sup>17</sup> El hombre cuando llega a la vida ya está con el otro, los más próximos, con su familia. Se hace hombre hacia los otros, mirándose en los demás, educándose para los otros, siendo útil, conviviendo. Sucede que la sociedad —que debería estar al servicio de los hombres y no para dominarlos o manipularlos— no es el mejor de los mundos. (Me acuerdo ahora de ese cuento irónico de Voltaire, *Candide*.) El mundo no está bien hecho, sobre todo aquel que construimos los hombres. Frente a la sociedad que no le agrada, el hombre huye a sí mismo (exilio interior) decisión que toman algunos pensadores y artistas. O se exilia, decisión que toman aquellas personas más decididas, muchas de ellas con vocación política. Ensimismarse o transterrarse son soluciones dolorosas que pueden conllevar una especie de culpa. Siempre nos ha llamado la atención la nostalgia de algunos poetas por su tierra, sangre del corazón y del hígado, a veces, pues junto a la pena está también el rencor. Pueden volver a su provincia o a su patria, pero no quieren. Saben que ese desajuste entre el «yo-tú» —aquí el «tú» es la tierra vital de donde se nace— es el origen de su obra. Desde su soledad de transterrados se inventan el «tú-colectivo», patrio, para expiar su culpa, pues no hay exilio interior o exterior que no esté «dialectizado» por los polos, distantes y atrayentes entre sí, del amor y del odio.

Existe la soledad como renuncia a una sociedad insatisfactoria, un deseo de encontrar dentro de sí lo que no hay fuera o se ha perdido. Dice Laín Entralgo: «En rigor la exis-

<sup>17</sup> Pedro Laín Entralgo, Teoría y realidad del otro, 2.º volumen, p. 43.

tencia del solitario por ascesis es a la vez la ruptura con una convivencia insatisfactoria y el esfuerzo personal hacia una más satisfactoria convivencia de que bien pronto brindará el encuentro con el «sí mismo» antes de la obra proyectada —sea ésta artística, intelectual, social o religiosa— y con los otros hombres a través de tal obra, cuando ésta haya llegado a ser realidad objetiva». <sup>18</sup> Para ciertos materialistas de viejo cuño, este abandono supone una alienación. Pero sin la ruptura —destrucción para crear algo nuevo— no se comprenderán numerosas obras artísticas e intelectuales y bastantes empeños sociales o religiosos.

Como el hombre no es perfecto, las relaciones humanas acusan la imperfección. No sólo en la convivencia proximal, sino también en la amistad, e incluso en el amor. Hasta los perfectos amantes sufren trastornos en su encuentro que pueden acabar con ruptura o en el estrechamiento de la pasión, más intensa y más enraizada. Cada cual es una rueda que gira a su aire. (¿Movida por la voluntad, por el azar o la necesidad? ¿Y quién lo sabe?) Que esa rueda coincida con otras en un engranaje armónico es tarea difícil. Y sin embargo, en ello consiste la convivencia. No es extraño que personas, con una mayor sensibilidad busquen posibilidades de plenitud a una convivencia insatisfactoria. Actitud que de ningún modo puede ser considerada una alienación como proponen algunos marxistas recalcitrantes. Pues no siempre el hombre se «realiza» en lo real (el hombre común sí). A veces el objeto de su deseo está en el ideal. Así se explican las vocaciones del santo, del artista, del filósofo. <sup>19</sup> Muchas personas, porque no han sentido inquietudes o las han silenciado, se conforman con su vida vulgar «normal» y son felices a su modo. Pues quien no aspira a nada, quien ha congelado en su corazón la inquietud, no sufre la pasión de vivir-morir. Ha llegado casi a la perfección de la estupidez. Ya puede triunfar en la vida. Su persona, pública, reduce al hombre interior y así vence a su peor enemigo, que es siempre el «yo-mismo», recóndito, honesto, concienzudo. Pero el santo, el artista o el sabio renuncian a su yo objetivo para indagar la interioridad, en una tarea de ascesis e idealidad, a veces también de locura, pues pretender escapar a la condición humana, a su íntima destrucción entre eros y thanatos es pretender ser dioses, deseos que siempre fueron pagados bien caro por el hombre. ¿Cómo ser a la vez hombre egregio, único, y social o común? El hombre está en la dialéctica de ambos polos, queriendo ser él mismo, sin ignorar que es uno de tantos en la comunidad.

#### 4. La conquista de la personalidad

El hombre se hace entre ser él mismo (su identidad) y ser en otros, para-otros, con-otros (con-vivir). El hombre en su interior es un ser débil, un conjunto de instintos y pasiones, algo de razón y también de sinrazones, un alma en carne viva, más delicada que las vísceras. Se protege y se entiende con los demás mediante la máscara de la personalidad, que es el «limes» entre el yo (la proyección del interior) y los otros. Sobre el tema de la personalidad Laín Entralgo establece dos importantes distinciones: «perso-

<sup>18</sup> Pedro Laín Entralgo, *Teoría y realidad del otro*, 2.º volumen, p. 157.

<sup>19</sup> *Todavía resulta muy provechosa la lectura del excelente libro de Eduardo Spranger, Formas de vida, Revista de Occidente, Madrid, 1.ª edición 1935, 7.ª edición 1972.*

alidad» y «personalidad». Entiende por personalidad el carácter de la persona en sentido constitutivo, tocante a la estructura de su realidad propia. Laín se pregunta: ¿Cuál es el carácter formal de la sustantividad humana? Y contesta: «Indudablemente el ser persona. Además de ser animal de realidades, el hombre es persona, realidad personal». <sup>20</sup> Así pues, la persona es la realización del hombre, en su trayectoria vital desde la condición amorfa del recién nacido hasta el último detalle de la figura, de la máscara, que se dibuja con la muerte. En realidad la persona, no es una máscara permanente de oro, de seda, o de hierro, que sirva para bailes, disimulos y carnaval; es una mascarilla, de barro, de carne, que se moldea cada día, hasta ser la definitiva mascarilla de la muerte. Representación permanente de la tragicomedia de la vida y culminación de la actuación del hombre. La persona es también como una especie de excrecencia que segrega la interioridad y que se conforma como máscara en su contacto con el exterior. Leemos, y en ocasiones no acertamos, el interior de una persona por la mirada y la sonrisa.

Sabemos que la mirada humana es expresiva. Pero también lo es la mirada amiga o apenada de un perro y la inteligente o melosa de un gato. Todo ser por el hecho de serlo tiene una expresión que configura su realidad. Pero el hombre además de ser, según Laín, se realiza en la personalidad. La mirada o la sonrisa, no pueden expresar el ser sino el instante, el siendo en ese momento puntual. Una mirada es una pregunta o una respuesta a una circunstancia determinada. Una mirada puede tener muchas matices al término de un día, según las experiencias. Puede expresar inteligencia, temor, alegría, indiferencia, cansancio, ilusión, rencor, amor, deseo, etc. Lo que demuestra que el alma humana no es precisamente un lago en calma, ni siquiera en el transcurso de un día. La mirada es una puerta entreabierta en la máscara, en la cual se percibe lo que en ese momento ocurre en la interioridad al contacto con el exterior. También una mirada puede ser muy suya, monologante o bien abierta a su contorno, dialogante. Hay miradas que hablan, que acarician, y otras que hielan el aliento. Sólo la mirada ya nos avisa si podemos pasar o no al interior de la persona.

La sonrisa expresa, aún más que la mirada, la amistad o el desprecio. La sonrisa es un gesto comunicativo de la persona que no se percibe en el animal. Es la salida más carnosa o sibilina del alma. Entre las comisuras de los labios se desliza el interior, incluso cuando la máscara permanece herméticamente cerrada. No sonreír, permanecer en la seriedad de los sepulcros, también es una forma de manifestarse.

Un rostro, sin mirada expresiva, sin sonrisa, se convierte en una máscara. El hombre apenas brilla en su exterior y resplandece la persona como exceso, deshumanizada. La máscara es una frontera de hierro que separa al hombre de los otros. Sobre el interesante tema de la «mascaridad», la persona petrificada en su mascarilla, habría mucho que hablar. En la sociedad del éxito a toda costa, lo humano es abatido y pisoteado. Se impone la dureza, la deshumanización. El hombre es débil frente a la dureza de la coraza y a la imperturbabilidad del robot. Frente a la clasicidad o el renacimiento, que sería en puridad la revolución permanente, armónica y creadora, el paraíso perdido.

<sup>20</sup> Laín *Entralgo*, op. cit., 2.º vol., p. 269.